

Mocham vió 150 reses reunidas en la orilla septentrional del golfo de Siddon, al oeste del cabo Smith en la isla de Melville, y en la península que se eleva á 250 metros de altura en Tafelbergen entre Murray Inlet y Hardybai, pudo contar 70, los cuales pacían tranquilamente en un espacio de media milla alemana. En cada rebaño hay pocos machos en proporción al número de hembras; rara vez se cuentan mas de dos ó tres, ya completamente adultos; pues llegada la época del celo empeñan entre sí terribles peleas, que suelen terminar con la fuga ó muerte del vencido. Durante el verano estos animales permanecen preferentemente en las regiones septentrionales del continente americano junto á las márgenes de los rios; pero á la entrada del otoño vuelven á los bosques y pacen aquí reunidos en manadas mas numerosas, mientras antes, por el contrario, vivían mas dispersos. Con frecuencia se ven largas filas de estos animales, que atraviesan el hielo para dirigirse á otra isla mas abundante en pastos, la cual abandonan despues de haberlo devorado todo. Se ignora hasta dónde se extienden estas peregrinaciones, pues, segun han podido observar los exploradores de las regiones polares, parece que estos animales, así en verano, como en invierno, ocupan el mismo sitio en la parte mas septentrional de Groenlandia. En una llanura libre de nieve y bastante rica en pastos, situada en las inmediaciones de Dankgotthafen, á una latitud de 81° 38', vieron algunos navegantes gran número de bueyes almizclados reunidos, los cuales continuaron habitando en el mismo sitio durante el invierno, á pesar de que el frío era tan intenso, que se podía atravesar una plancha de 5 centímetros de espesor con balas de mercurio congelado, y los pobres animales se veían obligados á escarbar la nieve para poder comer la yerba oculta debajo de esta. Gracias á su extraordinaria sobriedad, se comprende que puedan resistir los terribles rigores del invierno en aquellas latitudes; véseles cruzar con lento paso la vasta estepa, cubierta de nieve, en busca de un oasis que les ofrezca seguro abrigo y alimento, y se detienen acá y allá para coger los pocos tallos de seca yerba que asoman al través de la gruesa capa de nieve. Con el derretimiento de esta comienza para nuestros animales una temporada mas tranquila y venturosa, pero no del todo exenta de cuidados; mientras en invierno podían á duras penas comer algunos líquenes, brizas de yerba y hojas de plantas sepultadas bajo la nieve, ahora se alimentan de los vegetales citados y de arbustos, que crecen en abundancia durante un cierto espacio tiempo; pero vense, en cambio, atormentados por innumerables enjambres de moscas, y tienen además que sufrir la muda del pelaje. Esta se realiza con alguna dificultad, á causa del espeso vellón que cubre su cuerpo; véseles con frecuencia revolcarse en el cieno y en los pantanos para desembarazarse de aquel, y solo cuando ha caído, pueden continuar tranquilamente su inter-rumpida marcha.

El período del celo comienza para estos bueyes á fines de agosto, y á fines de mayo, esto es, despues de 9 meses de gestacion, paren las vacas sus pequeñuelos, animalitos sumamente vivaces y graciosos, de los que cuidan las madres con mucha solicitud, defendiéndoles con un valor á toda prueba en caso de peligro. En una excursion emprendida en trineos por nuestros exploradores del polo encontraron en un anchuroso valle, relativamente rico en pastos, once bueyes almizclados y tres terneras que estaban paciendo tranquilamente. Algunos de estos animales dejaron en un principio que se les acercaran aquellos desconocidos, sin dar la menor señal de inquietud; pero no tardaron en emprender la fuga; por el contrario, tres de ellos, los cuales iban acompañados de dos terneras, se pusieron en actitud de defensa; estrecháronse, entre sí, inclinaron sus cabezas en ademan de acometer, y

resollaban de un modo salvaje y angustioso, sin que por eso se atrevieran á atacar de una manera formal y decidida. Los pequeñuelos estaban colocados detrás de los adultos y eran siempre rechazados por estos, cuando llevados de su curiosidad querían salir fuera del apretado grupo. Un par de ciertos disparos hicieron huir á los valientes animales, poniendo los viejos gran cuidado durante la fuga en que no se quedara rezagada ninguna de las terneras; estas, á pesar de no tener mas que unos catorce días de existencia, corrian con sorprendente rapidez, y desaparecieron pronto de la vista de sus enemigos. Los pequeños tienen durante mucho tiempo un pelaje de color mas claro que el de los padres, siendo completamente iguales á estos despues de adultos.

Por pesados que parezcan estos rumiantes, son, sin embargo, ligeros y rápidos en sus movimientos: trepan á las rocas y pendientes escarpadas como las cabras, y se inclinan á la boca de los precipicios con la mayor serenidad y sangre fría. Ross los considera tan ágiles como los antilopes. «Era en realidad un bello espectáculo, dice Copeland, ver trepar estos animales, saltando con extraordinaria agilidad, por pendientes escarpadas y cubiertas de pedruscos, donde difícilmente hubiera encontrado un hombre lugar donde poner su planta. Como todos los animales que viven reunidos en manadas, los bueyes almizclados suelen subir á las alturas, poniéndose los unos muy cerca de los otros, de lo contrario, los de detrás correrían peligro de quedar sepultados por las piedras echadas á rodar por los de delante en sus esfuerzos para escapar á la persecucion del enemigo.» Copeland quedó sumamente admirado cuando observó por primera vez la rapidez y agilidad con que corrian los bueyes almizclados; pero creció de punto su admiracion cuando les vió mas tarde trepar á una roca de basalto de forma cónica y muy escarpada; subieron á lo alto del pico con tanta rapidez, que en menos de tres ó cuatro minutos recorrieron un espacio de 150 metros, al paso que sus perseguidores tuvieron que emplear una media hora y penosos esfuerzos para ganar la cima. También en esto muestran nuestros animales tener gran afinidad con los óvidos; tan solo hay entre los bóvidos un individuo que pudiera rivalizar con ellos en punto á ligereza, y este es el yack.

Andan muy divididos los pareceres tocante á las facultades intelectuales de estos animales, divergencia que se explica perfectamente, dado que son pocos los observadores europeos que han podido examinarlos de cerca. El sentido de la vista, á causa de los ojos débiles y pequeños, parece no estar muy desarrollado, y otro tanto puede decirse del oído, pues las orejas están casi enteramente ocultas entre el pelo; á pesar de su hocico atrofiado, el olfato parece excelente, ó al menos tan fino como el de los óvidos: no tenemos datos suficientes para juzgar sobre el desarrollo del gusto y del tacto; sin embargo, no hay motivo para suponer que estos dos sentidos no alcancen igual grado de desarrollo que en los demás rumiantes. Lo mismo puede decirse tocante á su inteligencia; á la vista del hombre se muestran torpes y sin saber qué hacerse, sobre todo, aquellos que nunca ó muy raras veces tropezaron con el enemigo mortal de los animales; pero parecen formarse muy pronto exacta idea de lo temible que es este, cuando se presenta de repente en los parajes visitados á lo mas por el lobo y el oso blanco; pierden luego su confianza de antes, y conociendo el peligro que les amenaza, emprenden la fuga. Al principio, para valerse de las mismas palabras de los exploradores del polo norte, «se quedan como clavados en el suelo, miran de hito en hito al enemigo desconocido que se les acerca, y solamente despues de largas reflexiones, llegan á tomar una resolucion.» Como son tan cándidos é inexpertos, van apro-

ximándose á este para ellos extraño sér y manifiestan su admiracion por medio de varios y divertidos movimientos: así en el cabo de Filipp-Broke cuatro bueyes almizclados jugaron una muy mala pasada á Payer, echándose encima de la plancheta de este. Sin embargo, no siempre se presentan tan inofensivos y divertidos: «Cuando una familia ó rebaño de bueyes almizclados, dice una memoria de nuestros exploradores del norte, se ve de repente sorprendida, se estrechan entre sí, colocan las terneras en el centro y bajan las cabezas, como si intentaran defenderse, ó bien todos siguen precipitadamente tras el que estaba de centinela, cuando este emprende la fuga. En este caso es inútil perseguirles y emplear estratagema alguna; pues estos animales llenan sus funciones de vigilante de una manera admirable.» Los bueyes almizclados ejercerán probablemente la vigilancia al modo que las gamuzas, antilopes, cabras, carneros salvajes y otros rumiantes, con la sola diferencia que aquellos vigilan todos á la vez, y no bien uno reconoce ó cree reconocer algun peligro, échase á huir, y los demás le siguen precipitadamente. Cuando varios cazadores rodean un rebaño de manera que puedan hacer fuego en diversas direcciones, léjos de dispersarse estos animales y de emprender la fuga, se estrechan entre sí, y ofrecen de este modo un blanco mas seguro á sus enemigos. Segun esto, la caza del animal es tan fácil y tan poco peligrosa, como la presentan los exploradores del polo norte, si bien cuesta algun trabajo admitir que no es mas difícil perseguir una manada de estos animales que disparar sobre un rebaño de cabras ó vacas acostadas en las inmediaciones de una choza. «Luego que el cazador divisa á los animales, añade la citada memoria, debe echarse de bruces al suelo, poner unos cuantos cartuchos á su lado, empuñar el fusil y permanecer completamente inmóvil, sin disparar hasta tanto que, llevados de su curiosidad, se han acercado lo bastante. Si al primer tiro no cae ninguna pieza, el cazador debe continuar haciendo fuego, seguro de que verá satisfechos sus deseos.» Puede muy bien ser que alguno de nuestros exploradores haya recogido tales observaciones, que permitan dar crédito á lo que acabamos de referir tocante á la caza del animal: sin embargo, no pueden estas admitirse como generales, mayormente diciendo lo contrario las hechas por viajeros anteriores. Una herida enfurece á estos animales hasta el punto de precipitarse sobre el cazador, que debe andar muy listo para no ser derribado al suelo ó atravesado por sus agudos cuernos: buen testigo de ello Tramnit, el mas hábil cazador de entre los exploradores del norte, quien habiendo salido una vez solo á caza de bueyes almizclados, fué derribado y molido á patadas por uno de ellos, de modo que, no solo no consiguió apoderarse de pieza alguna, sino que volvió con el arma inutilizada y los vestidos destrozados. Nuestros animales, al decir de los indios, saben servirse de sus cuernos con la misma destreza que los demás bóvidos, llegando á matar con frecuencia á los lobos y á los osos.

CAZA.—Los esquimales persiguen con ardimiento al *umingarak*, segun ellos lo llaman, y suelen comenzar sus cacerías en el otoño. Acércanse valerosamente á los rebaños; excitan á los animales hasta que se precipitan sobre ellos, y saltando entonces ligeramente de lado, le hunden su lanza en el cuerpo. Otros les dan caza con el arco y las flechas, pero muchas veces sin éxito. El capitán Ross encontró un buey almizclado en el país de los esquimales y le persiguió con sus perros; el animal temblaba de furor, procurando herir á sus enemigos, que le evitaban con destreza; y un esquimal que iba con el capitán se sirvió de sus flechas, disparándolas desde muy cerca; pero ninguna pudo penetrar á través del espeso vellón del animal. Ross hizo fuego á pocos pasos y le atravesó el corazón. El esquimal se precipitó sobre el

buey moribundo, recogió su sangre, y mezclándola con nieve, apagó la sed.

Segun los datos de nuestros exploradores del norte, los toros mas viejos y aislados del rebaño se exponen al fuego del cazador con admirable sangre fría, aun despues de haber recibido alguna leve herida; limitanse á resguardar su cuerpo contra los tiros, inclinando su cabeza casi invulnerable y evitando toda postura en que puedan ser heridos por los ladros. Disparóse en cierta ocasion contra la frente de uno de estos animales, escudada por los enormes cuernos, con un fusil Venceslao, y á pesar de la gran potencia de esta arma, con la cual se habian atravesado de parte á parte algunos osos blancos, el animal recibió el tiro sin dar la menor señal de turbacion, habiendo la bala caído enteramente aplastada al suelo.

USOS Y PRODUCTOS.—El buey almizclado justifica muy bien el nombre que lleva: su carne, particularmente la del toro matado en el período del celo, está impregnada de un repugnante olor de almizcle, que impide la pueda comer toda persona de paladar delicado. La vaca y el ternero no despiden un olor tan intenso, de modo que nuestros exploradores del norte y otros europeos encontraron muy sabrosa la carne de aquella.

En los alrededores del fuerte Galles comercian los indios con la carne de los bueyes que matan: despues de cortarla en largas tiras, la ponen á secar al aire y se la venden á los cazadores de pieles. Los indios y los esquimales estiman mucho la lana y el pelo de este animal; la primera es tan fina, que podría hilarse y tejerse si se recogiera en cantidad.

Con el pelo forman los esquimales pelucas; con la cola construyen espanta-moscas, y con el cuero fabrican calzados.

LOS BUEYES—BOS

Todos los bueyes que vamos á estudiar, pueden considerarse reunidos en un solo grupo ó formando varios géneros y sub-géneros, muy diversos los unos de los otros.

CARACTERES.—Además de poseer los caracteres generales y comunes á todos los bóvidos, los individuos de este grupo se caracterizan principalmente por el hocico ancho, desnudo de pelo y limitado en forma de arco por las fosas nasales, que se abren en los lados; por las pezuñas anchas y casi de una misma estructura, tanto en la parte posterior como en la anterior, y por la larga cola, provista generalmente de pelos en el extremo.

EL YACK GRUÑON—PŒPHAGUS GRUNNIENS

Esta especie se conoce desde los tiempos mas remotos, pues las colas de caballo que servían de adorno á todos los jefes militares de los países del sur eran de yack. Eliano, con referencia á dichos animales, decia lo siguiente: «Los indios llevan á su rey bueyes de dos especies, unos que corren con mucha rapidez y otros que son salvajes. Su color es negro, excepto la cola, que es de un blanco brillante y sirve para hacer espanta-moscas: este animal es muy tímido y huye rápidamente. Si los perros le acosan de cerca, oculta su cola en un matorral y hace frente á sus enemigos, creyendo que si no se ve esta parte del cuerpo se le dejará tranquilo, pues sabe que solo le cazan para adquirirla. No se salva con ello el animal; le dan muerte con una flecha envenenada, le cortan dicha parte, le desuellan y dejan la carne.»

Marco Polo, Nicolo di Conti, Belon, Pennant, y otros muchos viajeros, hicieron luego mencion de este animal; Pallas dió una descripción exacta del yack domesticado. Hasta los últimos tiempos, sin embargo, no se llegó á conocer bien

el *perphagus* de los antiguos, que describieron á su vez Stewart, Turner, Moorcroft, Herbert, Gerard, Hamilton Smith, Radde y sobre todo los hermanos Schlagintweit. Además de esto, figuran estos seres desde hace algun tiempo en los jardines zoológicos y se los ha podido estudiar perfectamente.

CARACTERES.—El yack ó yak (*bos grunniens*, *bison perphagus*) es un animal de 4^m,25 de largo; su cola sin pelo mide 0^m,75; su altura hasta la joroba es de 1^m,90; los cuernos tienen de 0^m,80 á 0^m,90 de largura, y su peso es de 650 á 720 kilogramos. La vaca es de menores dimensiones: tiene 2^m,80 de largo por 1^m,60 de alto, y pesa 325 ó 360 kilogramos. El cuerpo es fuerte y robusto; la cabeza, bastante grande y muy ancha, va adelgazándose gradualmente hácia la region del hocico; este es abultado; la frente larga y prominente, pero plana; la nariz larga; las fosas nasales estrechas y colocadas oblicuamente hácia adelante; los labios gruesos y colgantes; los ojos pequeños y de expresion estúpida; su pequeña pupila está colocada trasversalmente; las orejas, pequeñas y redondeadas, se hallan enteramente cubiertas de pelo. Los cuernos están insertos en uno y otro lado de la parte posterior del frontal; comprimidos en su parte superior é inferior, redondeados por delante, con una arista ó borde muy agudo por detrás y cubiertos de ligeros pliegues en la base, se encorvan primero hácia los lados, atrás y afuera, luego hácia delante y arriba, y tienen la punta vuelta hácia atrás y afuera. El cuello es corto y parecido al del toro; la parte posterior del mismo y la anterior de la cruz se elevan en forma de joroba; el dorso va suavemente inclinándose hácia la raiz de la cola; el cuerpo es delgado en la region de las espaldas y muy abultado y colgante en su mitad; la cola es larga y se presenta adornada de crines, que tocan al suelo; las piernas son cortas y robustas; las pezuñas grandes y profundamente hendidas, y las uñas muy marcadas. El pelaje se compone de pelos finos y largos, los cuales se presentan crespos y ondeados en la frente hasta la parte posterior de la cabeza y caen á menudo sobre el rostro; prolónganse en forma de melenas ondeadas en la cruz y á lo largo de los dos lados del cuerpo, como tambien en la cola, que, parecida á la del caballo y abundantemente poblada, se arrastra por el suelo; por el contrario, los pelos que cubren el vientre, la cara interior de los muslos, y brazos, como tambien las piernas desde el cúbito ó la rótula hácia abajo, son lisos y cortos. Los yacks viejos son de un bello color negro muy subido, el cual pasa á pardusco en el dorso y en los costados; los pelos que guardan los alrededores de la boca, son grises, y corre á lo largo del dorso una raya de un tinte gris plateado. El pelaje de la ternera es gris, y el del ternero de un negro puro.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El yack habita las regiones mas elevadas del Tibet y todas las cordilleras que están relacionadas con aquellas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Przewalski es el único que nos ha facilitado noticias detalladas acerca de las costumbres del yack en estado libre, siendo escasas é inexactas todas las que datan de tiempos anteriores. Este animal vive en mesetas de cuatro á seis mil metros de elevacion; en su suelo estéril y cubierto de pocas yerbas, las cuales yacen sepultadas bajo la nieve en invierno y con dificultad llegan á desarrollarse en verano, en medio de aquellas vastas soledades de su patria encuentra cuanto necesita para la satisfaccion de sus necesidades y seguro abrigo contra la persecucion del hombre, y sostiene mas fácilmente de lo que pudiera creerse la lucha por la existencia. El animoso viajero ya citado encontró en las regiones septentrionales del Tibet recorridas por él algunos viejos toros solitarios y pequeños rebaños de yacks en todas partes; estos son, por el contrario, mas numerosos en los sitios que ofrecen abun-

dante pasto. Dichas manadas recorren con mas ó menos regularidad vastas extensiones de territorio; preséntanse en verano, segun dicen los mogoles, en los sitios mas abundantes en yerba, en los que no se les ve pacer en invierno, y prefieren, por lo tanto, las inmediaciones de los rios y manantiales, donde abundan mas los pastos que en las mesetas peladas y casi desprovistas de toda vegetacion; los machos viejos, por el contrario, sea por pereza, sea por otras causas, permanecen siempre en la misma comarca y pasan su vida entregados á la soledad ó reunidos en grupos de tres á cinco individuos. Los mas jóvenes, pero completamente adultos, se incorporan con frecuencia á un rebaño de toros mas viejos; pero lo mas comun es que formen una manada compuesta exclusivamente de individuos de su misma edad en número de diez á doce, sin dejar por eso de acoger á veces en su compañía á otros mas viejos. Las vacas, los terneros y terneras, segun los mogoles, se reúnen á veces en rebaños de cien á mil individuos; pero como no encuentran bastante alimento para todos en aquellos miserables pastos, generalmente pacen dispersos en una vasta extension, y vuelven á juntarse, ya para descansar, ya para ponerse á cubierto de alguna tempestad próxima á estallar sobre sus cabezas. Cuando nuestros animales presienten el peligro, se reúnen todos en apretado grupo y colocan en el centro á los pequeños, mientras algunos toros adultos y algunas vacas se alejan de sus compañeros y recorren los alrededores para cerciorarse de la gravedad del peligro. Cuando el cazador se acerca ó tira sobre la manada, echa esta á correr al trote y con frecuencia al galope, llevando en este último caso la cabeza baja y la cola levantada: asi cruzan los animales la llanura sin detenerse á mirar un solo momento; una nube de polvo les envuelve por completo, y la tierra resuena á lo lejos bajo las pisadas de sus cascos. La rapidez de su carrera no dura, sin embargo, mucho tiempo; recorren á lo mas en precipitada fuga un kilómetro de distancia y vuelven pronto á su paso regular; restablécese luego el orden de costumbre; los terneros son otra vez colocados en el centro, y los individuos viejos forman alrededor de ellos un parapeto viviente para defenderlos. Cuando el cazador se acerca de nuevo y hace fuego sobre el rebaño, este emprende otra vez la fuga, siendo ahora mas sostenida que antes; los toros viejos no huyen al galope mas que los primeros segundos y caminan en seguida á paso largo.

Quando el rebaño quiere acostarse, elige en lo posible la vertiente septentrional de una montaña ó un profundo barranco para resguardarse de los rayos del sol. El yack teme mas el calor que el frio, pues se le ve tenderse con gusto sobre la nieve, aun cuando se halle en un sitio sombrío; si no hay nieve, cava la capa superior del suelo y se forma de este modo una yacija; sin embargo, á veces en invierno se le encuentra acostado en los mismos lugares donde ha padido. El agua es para él un artículo de primera necesidad: las innumerables huellas y montones de barro que Przewalski encontró en las inmediaciones de las fuentes, son prueba de que estos animales suelen regularmente acudir á ellas. En los puntos donde falta el agua ó está muy lejos el manantial, el yack se contenta con la nieve.

A pesar de su monstruosa fuerza, el yack no está tan bien dotado como otros animales de las montañas; es verdad que puede competir en trepar con los carneros salvajes y los ibex, pues sube á lo alto de los escarpados peñascos y de las rocas cortadas á pico, con la misma seguridad y destreza que aquellos; pero en su carrera por la llanura alcánzalo cualquier caballo. De todos sus sentidos, el que llega á mayor grado de desarrollo es el olfato; el yack, segun pudo observar Przewalski, olfatea al hombre á una distancia de medio kiló-

metro, sin embargo, en dia sereno apenas le distingue con la vista á unos mil pasos de distancia, y en dia nublado tan solo á quinientos. El oido funciona de un modo tan imperfecto, que no acierta á distinguir el ruido de pasos ú otros rumores hasta que el objeto que los produce está muy cerca de él.

Su cerebro, relativamente muy pequeño, prueba lo menudado de su inteligencia y aun lo demuestra mejor su manera de obrar en caso apurado. «La cualidad dominante y característica del yack, dice Przewalski, es la pereza; este animal sale al pasto por la madrugada y al anochecer, pasando el resto del dia descansando de pié ó echado. Solamente por el rumiarse se puede adivinar que vive durante este intervalo de

tiempo, pues por lo que mira á lo demás, se asemeja á una verdadera estatua de piedra.»

El yack cambia por completo su conducta á la entrada del periodo del celo, el cual, segun los mogoles, comienza en setiembre y dura por espacio de un mes. Durante esta época los toros están constantemente inquietos y excitados; los solitarios se unen á las manadas; corren furiosos de una parte á otra en busca de las vacas; están continuamente gruñendo; búscanse los unos á los otros, llevados de su afan de luchar, y empeñan entre sí duelos formales, disputándose el premio de la victoria. Se dan tan violentas acometidas, que algunas veces llegan á romperse los cuernos por la base; sin embargo, los gruesos cráneos resisten perfectamente tales

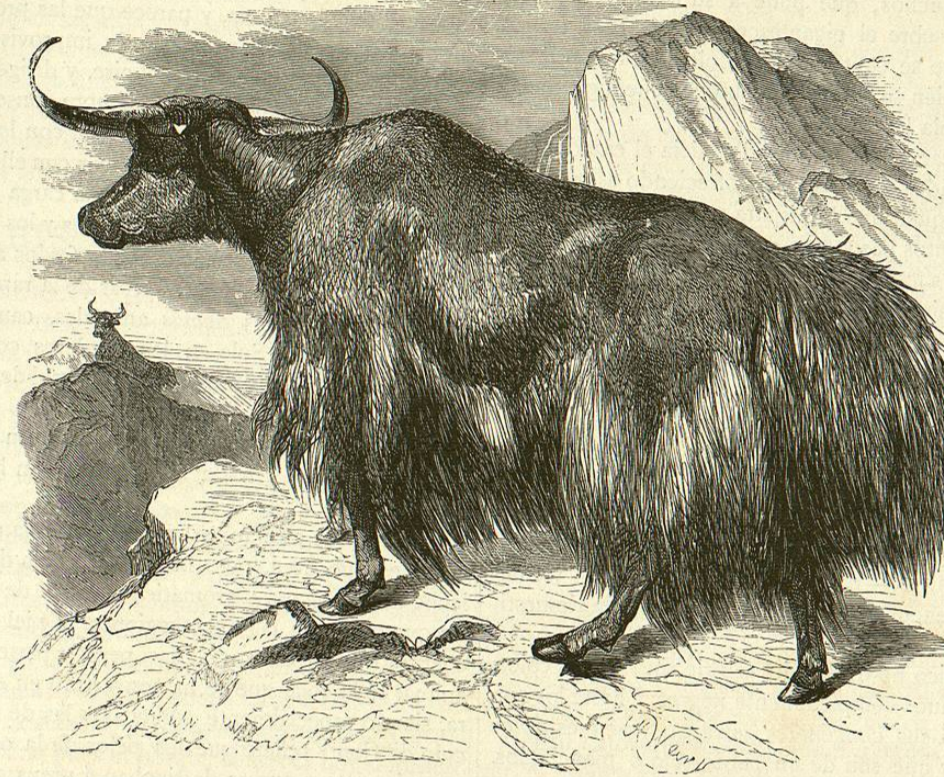


Fig. 267.—EL YACK GRUÑON

choques, y se curan con rapidez las graves heridas que mutuamente se infieren. Satisfechos ó cansados, al fin, de combatir, se retiran otra vez á la soledad, cesan en sus gruñidos y vuelven á su vida habitual.

Después de nueve meses de gestacion pare la hembra su hijuelo, del cual cuida por espacio de un año, pues, segun los datos de los mogoles, las vacas no suelen estar preñadas sino cada dos años. El yack es ya adulto de los seis á los ocho años, y muere de vejez á los veinticinco, con tal que una enfermedad ó la bala de algun mogol no venga á abreviar el periodo de su vida. El yack no tiene otros enemigos que el hombre; pues los que pudieran ser peligrosos para él, no se atreven á trepar á las alturas, patria de nuestro animal.

CAZA.—La del yack es tan seductora como peligrosa para un cazador valiente y bien armado: aunque no siempre, el poderoso animal se abalanza ciegamente sobre el que le persigue, con tal que no esté mortalmente herido; y el cazador, por mucha que sea su destreza, valor y sangre fria y por precisas que sean sus armas, nunca puede abrigar la seguridad de abatir con un segundo disparo á su adversario, que le acomete furioso y le supera en fuerza. La bala de las mejores escopetas solo puede penetrar en el cráneo por la pequeña region que envuelve el cerebro, y ningun tiro es mor-

tal para el yack si no le atraviesa de parte á parte el corazon. Por este motivo los mogoles temen á nuestro animal como si fuera un verdadero monstruo; evitan en lo posible su encuentro; cuando se resuelven á cazarle, se reúnen unos ocho ó doce individuos, y juntos persiguen al gigante de las montañas, tirándole siempre desde un escondrijo seguro á fin de que no note su presencia, se retire y caiga después muerto á los dos ó tres dias, á causa de las heridas recibidas. Los cazadores europeos tienen mucha confianza en sus fusiles, que se cargan por la recámara, y no temen al yack en el grado que los mogoles, á causa de la irresolucion que caracteriza al animal. Este, á pesar de su selvática fiereza, no puede dominar su temor á la vista del hombre que le acomete denodadamente, detiénese vacilando en su carrera, y á veces, aunque herido, emprende precipitadamente la fuga.

Un cazador del temple de Przewalski abandona á la primera hora de la madrugada la *yurta* ó aprisco de los mogoles, armado de su excelente escopeta, que se carga por la recámara, y mira desde la altura mas próxima al potente animal, que tendido á varios kilómetros de distancia, se le puede confundir fácilmente con un pedrusco. No es difícil acercarse al estúpido animal hasta tenerlo á tiro; si se avanza bajo el viento es posible, aun en una llanura despejada, apro-